

# **ECONOMÍAS TERRITORIALIZADAS PARA LA VIDA. RESPUESTAS A LA PRECARIZACIÓN NEOLIBERAL EN EL CHILE DEL SIGLO XXI**

**Pablo Saravia Ramos, Felip Gascón i Martín,  
Débora Vega-Valdés y Luis Espinoza Almonacid**

## **PRESENTACIÓN: CONTEXTO DE CONFLICTIVIDAD EN LA REGIÓN DEL VALPARAÍSO**

En términos socioambientales, según un estudio publicado en 2018 por el Instituto Nacional de Derechos Humanos, la Región del Valparaíso ostenta la mayor cantidad de conflictos, 21 de 120 catastrados a nivel país, de diferentes características. Entre ellos podemos destacar: escasez hídrica, contaminación, explotación minera, expansión inmobiliaria, pérdida de bosque nativo, etcétera. Estos conflictos se asocian a situaciones complejas, vinculadas a un conjunto de derechos humanos que son vulnerados sistemáticamente, como por ejemplo: derecho a un medio ambiente libre de contaminación, a participar en la dirección de asuntos públicos, a la salud física y mental, al agua, a la biodiversidad, al territorio, a la ciudad y al acceso a los bienes comunes naturales.

Dos de los casos socioambientales más emblemáticos en la región son: el conflicto por escasez hídrica, que se sustenta en el modelo nacional de privatización y mercantilización de las fuentes

y la gestión hídrica (Código de Aguas, 1981), las desregulaciones, desprotecciones y falta de fiscalización ambiental del agua y sus ecosistemas en sus múltiples fases, desde las nacientes a la desembocadura. Este escenario ha permitido generar un mercado especulativo sobre aprovechamiento y otorgamiento de derechos de agua en cuencas agotadas, en territorios que han sido reiteradamente declarados como zonas de escasez hídrica, específicamente en la provincia de Petorca y otras comunas de la región. Territorios que están fuertemente influidos por el modelo agroexportador del monocultivo de paltos y cítricos, sumado a la actividad minera. Como consecuencia de ello, las autoridades se han visto obligadas a promulgar múltiples decretos públicos de escasez hídrica (desde 2008 a la fecha), y declaraciones de zona de catástrofe por sequía a toda la región (2019). Hay comunidades sin acceso al agua, localidades abastecidas a través de camiones aljibes, sectores rurales sin sistemas de agua potable rural, comunidades como Laguna Verde con aguas contaminadas por su proximidad al relleno sanitario “El Molle”. Todos estos conflictos se derivan del problema del acceso, seguridad y calidad del agua que padece la población.

Asimismo, está presente el conflicto de contaminación en la bahía Quintero-Puchuncaví, producto del parque industrial iniciado en la década del sesenta por la estatal Empresa Nacional de Petróleo (ENAP), y que actualmente involucra alrededor de 19 empresas públicas y privadas. Inspirado en el discurso desarrollista dominante de la época, el proyecto se propuso generar un *polo de desarrollo* que permitiera ampliar la actividad minera nacional, ampliando de paso la actividad laboral (Bolados, 2016). Sin embargo, sus consecuencias están representadas por lo que hoy se conoce y naturaliza como *zona de sacrificio*, y la reiteración de hitos alarmantes que impactan a la población por la mala calidad del aire, intoxicaciones reiteradas por gases tóxicos, accidentes por derrame de petróleo y otras graves situaciones suscitadas por décadas de funcionamiento del complejo extractivista energético-minero.

En segundo lugar, otro fenómeno a destacar en los conflictos sociales urbanos es el creciente y sostenido aumento de campamentos o asentamientos irregulares a nivel nacional y regional. Desde el año 2007

los campamentos han ido aumentando progresivamente, incrementándose de 490 a 802 al año 2019 (MINVU, 2020). Particularmente, la Región del Valparaíso destaca como la más afectada por este problema, existiendo 181 campamentos con 11.228 hogares y una población de 26.286 personas.

La tercera esfera compleja, en términos económico-laborales, es el aumento sostenido de la cesantía. En el primer trimestre de 2019, la cesantía regional había alcanzado un 8,2%, y para ese entonces era la más alta de los últimos dos años. Mientras que, en forma paralela, el trabajo informal crecía un 5,3% (INE, 2019). Este ya alarmante aumento se agudizó a partir de la crisis sociopolítica vivida desde octubre en adelante y que ha alcanzado su mayor *peak* en el contexto de crisis sociosanitaria por la pandemia COVID-19, superando el índice de los dos dígitos por la falta de empleos. Básicamente, la Región del Valparaíso es la tercera con mayores cifras de cesantía nacional, alcanzando un 14% en la tasa de desocupación, es decir, más de 200.000 personas perdieron sus empleos y el año 2020 fue uno de los momentos más álgidos de cesantía.

Todas estas actividades y fenómenos han producido importantes impactos sociales y ambientales, develando las paradojas y contradicciones de este tipo de matriz productiva para la región (Carroza et al., 2019). Este diagnóstico refleja la complejidad del escenario regional y la multidimensionalidad de las problemáticas y sus causas. Todo ello da cuenta de la prevalencia de estructuras jurídicas y ejecutivas de un Estado sin voluntad o capacidad para revertir estos escenarios. Este contexto permite cuestionar las prácticas económicas capitalistas que se materializan en los territorios y con sus habitantes, como plantea Gibson-Graham (2016) respecto a los tipos de empresas privadas, los intercambios exclusivamente monetarios y el trabajo asalariado, hoy en día están en jaque. El *capitalocentrismo* como discurso económico imperante otorga un valor positivo a todas aquellas actividades económicas capitalistas, asignando un valor menor al resto de los procesos de producción y distribución de bienes y servicios identificados, en relación con el capitalismo, como opuestos a, contenidos en o iguales (*idem*).

En contraposición a estos procesos de hegemonía económica, también se han sostenido un conjunto de prácticas económicas locales que, de manera contrahegemónica, desarrollan alternativas territorializadas que cristalizan otras racionalidades a los procesos productivos de pequeña escala, así como propuestas, soluciones o alternativas territoriales en lo económico, lo social, lo cultural y lo ambiental.

## **CONSTRUYENDO ECONOMÍAS ALTERNATIVAS DESDE LOS TERRITORIOS**

En la Región del Valparaíso priman actividades económicas de carácter principalmente extractivas orientadas hacia la minería, la producción de energía, los monocultivos intensivos y el sector de servicios y turismo (Saravia et al., 2018), que han provocado un impacto negativo en el metabolismo social y, por consiguiente, en la calidad de vida de los seres humanos y no-humanos que lo cohabitan. Estas actividades económicas han sido acompañadas por políticas neoliberales sobre trabajo, previsión y vivienda, que han llevado a la región a ser una de las más empobrecidas, con las mayores cifras de desempleo y asentamientos irregulares del país. Además de una estructura económico-productiva profundamente homogénea, que ha supuesto la invisibilización y reducción considerable de la diversidad económica local (Cuevas, 2012; Bengoa, 1990) y el aumento del trabajo asalariado cada vez más precarizado.

En el trasfondo de esta estructura económico-productiva se encuentra una racionalidad económica eminentemente neoliberal, que ha supuesto la entronización del mercado como el lugar de veridicción primigenio para las diferentes áreas y actividades de la vida económica, política y social. El mercado se ha posicionado como el principio en base al cual se organizan y fundamentan las principales prácticas económicas del neoliberalismo maduro chileno. El *homo economicus* (producido por el neoliberalismo), posee una ética negativa de las libertades individuales, que es socialmente irresponsable por los demás y por la naturaleza, siendo su fin último la incesante acumulación de capital, y no la reproducción de las condiciones necesarias para la reproducción de la vida (Coraggio, 2011).

Si bien se ha naturalizado desde distintos sectores, hegemonizando el sentido común, dicho modelo reproduce la inevitabilidad histórica del mercado capitalista y de su racionalidad inherente: sociedades profundamente desiguales y excluyentes. Consecuencia de ello, durante las últimas décadas hemos podido observar con fuerza la emergencia de múltiples movimientos contrahegemónicos, que surgen a partir de lo que Dussel llama la “voluntad de vida” (2013). Es la afirmación de la vida de las víctimas que no pueden vivir por la injusticia del sistema y, por tanto, se articulan en la lucha por el sustento y la reproducción de las condiciones necesarias para la vida, donde es imperativo el reconocimiento del otro y la otra, la vida de los demás y de la naturaleza, como condición de nuestra propia vida como individuos (Coraggio, 2005).

En consonancia con los procesos de articulación y protesta surgidos durante las últimas décadas en América Latina, asistimos a la emergencia y desarrollo de nuevas (y viejas) fórmulas de trabajo asociativo, producidas principalmente desde los sectores populares, para hacer frente al creciente fenómeno del desempleo y la exclusión social en el continente (Guerra, 2010). Como parte de la emergencia de numerosas formas de organización del trabajo, de la producción y la comercialización hemos podido observar en la Región del Valparaíso diversas experiencias, tales como cadenas cortas de producción y comercialización agroecológica, turismo comunitario, ecoaldeas, cooperativas de producción y consumo, centros culturales no formales, entre otras (Saravia et al., 2018).

## **PENSANDO LAS OTREDADES EMERGENTES DESDE EL SUR EPISTEMOLÓGICO**

Estas experiencias emergen desde las fisuras del sistema y como resistencia a los esfuerzos homogeneizadores de la estructura económico-productiva que impera en la región. Su emergencia promueve otra racionalidad económica descentrada del mercado, poniendo como centro la vida, mediante una propuesta crítica y transformadora, basada en principios tales como igualdad, solidaridad y respeto por la naturaleza (Santos, 2011; Razeto, 1997). Cabe señalar que todas estas prácticas y experi-

encias referidas como *economías otras*, tributan a una larga y heterogénea tradición de asociatividad, las cuales han sido conceptualizadas de distintas formas, destacándose las ideas de pluralidad económica (Laville y García, 2009), diversidad económica (Gibson-Graham, 2006), emprendimientos económicos solidarios (Gaiger, 2009) y la vasta tradición de pensamiento ligada al polisémico concepto de economía social y solidaria (Coraggio, 2011; Guerra, 2010; Singer, 2002; Razeto, 1997).

Aquellas *economías otras*, originadas esencialmente desde los sectores populares, marginalizados y excluidos del mercado laboral formal, han permanecido subalternizadas e invisibilizadas, tanto por el pensamiento conservador de las élites políticas, económicas e intelectuales neoliberales, como por el pensamiento crítico progresista de la modernidad eurocéntrica, donde el marxismo ortodoxo (y el socialismo centralizado) han sido un buen ejemplo al respecto. Se hace necesario ir más allá de la tradición crítica eurocéntrica, creando distancia (sin descartarla), con el objetivo de abrir espacios analíticos para realidades que han sido ignoradas e invisibilizadas al ser consideradas como no existentes, ubicadas en el otro lado negado de la línea abisal. Es necesario practicar lo que se ha denominado una *sociología de las emergencias* (Santos, 2019), para concentrarse en las nuevas potencialidades y posibilidades de transformación social, que surgen desde el amplio dominio de la experiencia social, antes rechazada, y ahora recuperada, del Sur epistemológico, compuesto por muchos sures, que tienen en común el hecho de constituir saberes nacidos en las luchas contra el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado.

El objetivo, por lo tanto, no es la creación de una teoría general de la emancipación humana, sino más bien co-construir un pensamiento *alternativo de las alternativas*, o descentrado, en el sentido que Édouard Glissant (2002) opone el pensamiento archipiélago al pensamiento continental metropolitano. Ya que, del mismo modo en que la diversidad de la experiencia mundial es inagotable, las modalidades de resistencias y oposición al capitalismo no se reducen a lo existente. En este sentido, las *economías otras* se presentan como alternativas al neoliberalismo a partir de prácticas y saberes

que resisten a la hegemonía del capitalismo y se adhieren a opciones económicas basadas en principios no capitalistas, arraigados en la solidaridad, la igualdad y el respeto por la naturaleza (Santos, 2011).

### **ARTICULACIÓN DE ESTRATEGIAS SITUADAS, EMANCIPATORIAS Y DE LIBERACIÓN**

El contexto actual resulta ampliamente favorable para pensar nuevas formas y estrategias económicas que puedan dialogar y ser parte de una construcción sociopolítica colectiva. Esta apelación a lo colectivo no solo funciona como telón de fondo, sino que es, más bien, la tarima donde se configuran nuevas formas de entender lo económico. Una primera característica de estos caminos tiene que ver con el principio de la *corresponsabilidad*. Esto quiere decir que la conducción sobre las prioridades y áreas de interés de lo económico se construyen considerando las necesidades, condiciones y anhelos de todas las personas involucradas. Serán ellas las que determinen cómo resolver la vinculación entre la cuestión económica y la naturaleza, como también las de todas aquellas otras vinculaciones necesarias para una economía apropiada y al alcance de las diversas formas de organizar la vida de las comunidades y los territorios. Complementariamente, durante el proceso de toma de decisiones económicas de un determinado territorio, todos los actores involucrados sostienen diferentes niveles de responsabilidad, adecuados a sus saberes, conocimientos, trayectorias y motivaciones.

Para que la corresponsabilidad pueda sostenerse, es necesario fundar relaciones de complementariedad entre las diversas iniciativas y experiencias económicas, que son parte de un territorio determinado. A partir de aquí, la medida del éxito de una experiencia económica concreta no es el crecimiento cuantitativo o la ampliación de un mercado, sino que el fortalecimiento de todas las economías que se ponen a disposición de un objetivo compartido. Para ello, es necesario que exista un flujo permanente de información y un tipo de comunicación emancipatoria que, inspirada desde la comunicología de liberación (Beltrán, 2014), decolonice y empodere actorías y activismos sociales a partir de sus propios saberes.

La compleja composición interna de las diferentes experiencias, como la complejidad externa de ellas, hace que la materialización del flujo de información y comunicación se construya de manera articulada y dialógica. Esta será la segunda característica de estas alternativas económicas. La *articulación* permite enredar las capacidades y potencialidades presentes en un territorio, sosteniendo un tejido de interacciones fuerte y resistente que puede enfrentar problemas, conflictos o tensiones que aparezcan durante la reproducción o, eventualmente, el escalamiento de estos caminos. Asimismo, este enredo virtuoso es el que reproduce las soluciones innovadoras y creativas de los territorios, que dan pie a estrategias que enfrentan de manera novedosa los antiguos y persistentes problemas, como también a aquellos derivados de la coyuntura o las condiciones de contexto.

La dimensión de esta red, fruto de la articulación de las capacidades territoriales y sus múltiples estrategias de alianzas, tiene alcances determinados por sus propias fuerzas productivas y reproductivas, y no tanto por el imaginario hegemónico metropolitano de progreso y desarrollo. Por lo tanto, serán economías profundamente *locales*, en sus procesos y horizontes económicos. El más eficiente uso de las capacidades y riquezas presentes en los territorios está directamente relacionado con el nivel de intensidad de su explotación y las demandas que se construyan en torno a esta actividad. Pensar en la resolución local de los problemas económicos, antes de la construcción de un futuro vertiginoso que se mueva en la incertidumbre de los mercados financieros, es una decisión fundamental, que implica desapego y profunda convicción de que podemos, y es urgente y necesario, vivir con menos en todos los sentidos, menos en aquello dado o construido para resguardar nuestros derechos y dignidades.

Serán locales, articuladas y también tendrán importantes niveles de *autogestión*. Esta permite el fortalecimiento de las capacidades territoriales presentes, como también contribuye a la creación de las mejores soluciones para los problemas o desafíos económicos locales. Además, la autogestión facilita el empoderamiento de las comunidades, ya que refuerza la idea de que son capaces de resolver

parte de sus problemas con las riquezas y capacidades presentes en el territorio donde se articulan. Se hace necesario ser conscientes de las limitaciones de la autogestión y sus alcances, ya que, por sí sola, no es capaz de solucionar todos los amplios y complejos problemas económicos de un territorio, pero sí puede trazar un camino y delimitar las fronteras de los campos de decisión que se toman a un nivel mayor. Por lo anterior, la autonomía de estas alternativas económicas debe ser entendida como parte de una estrategia mayor, y no como un horizonte político en sí mismo. En ocasiones podremos defender la autonomía respecto del Estado, por ejemplo, pero en otras ocasiones necesitaremos su apoyo y su no interferencia en beneficio de los intereses del mercado y los grandes capitales internacionales y nacionales. Cuando esto ocurra, las comunidades y sus economías podrán adquirir una fisonomía crítica respecto del papel del Estado y podrán enfrentarse a sus definiciones y políticas, sobre todo cuando se vea amenazada la capacidad de decisión de los territorios sobre sus vidas y su naturaleza.

Se necesitan nuevas formas democráticas para poder pensar, desde una perspectiva situada y apropiada, los itinerarios posibles en el devenir de estos caminos, para poder generar un mejor contexto desde donde puedan multiplicarse. Dichas estrategias están más cercanas a formas de *democracia directa o radical* (Calle, 2011) que a las determinadas por las lógicas de representación, en nombre de las cuales se han invadido países, colonizado economías y sostenido mensajes racistas, xenófobos/xenófilos (Cea D'Ancona y Valles Martínez, 2010) y excluyentes en muchos países del planeta. Estas formas de organizar la política se asientan sobre la recuperación de la deliberación colectiva de los asuntos relevantes para la vida económica de los territorios. Son actos de recuperación de la soberanía de las comunidades sobre las decisiones, las formas de llevar a cabo una acción política y la gestión de los cuidados de la naturaleza y de las personas.

Todas y cada una de las características antes mencionadas se organizan y modelan según las condiciones contextuales de los territorios. Es decir, adquieren *formas y estrategias diversas*, que se van dinamizando según los actos creativos e innovadores que los actores

y actrices van construyendo, como también son capaces de adecuarse a las condiciones sociales y naturales cambiantes. Se construyen críticamente caminos en oposición al principio de la estandarización y la reproducción de bienes y servicios, iguales para todas las personas. Las nuevas economías se enfrentan al desafío de dar viabilidad a dicha diversidad, defendiendo las particularidades de cada territorio y sus diferentes composiciones, al mismo tiempo que las pone al servicio de un trabajo y objetivo comunes, que sobrepasan los marcos y efectos de las particularidades.

Otra característica se relaciona con el *anclaje territorial* de estas nuevas estrategias económicas, esto quiere decir que su marco de acción y reflexión estará dado por las condiciones y particularidades territoriales propias del espacio y tiempo donde se dé vida a estas alternativas, como a las relaciones y vínculos estratégicos que sostengan con otros territorios o actores. Por lo tanto, el punto de partida y de llegada de estas economías será el territorio donde pertenezcan o tengan relaciones de impacto e influencia. Será el territorio el que ponga los límites de la reproducción y amplificación de las experiencias, y no la demanda de un mercado lejano e incontrolado. Si para el capitalismo global el punto de referencia es el mercado y sus voraces necesidades/requerimientos, en estas nuevas economías será el territorio y sus dialogadas y consensuadas decisiones respecto del imperativo ético de reproducción de la vida.

El giro desde el mercado hacia *la reproducción de la vida* nos obliga a pensar las economías desde una posición eminentemente crítica y antagónica al capitalismo global. Como ya adelantamos, se opone al principio de la ganancia lucrativa, pero también a la idea utilitarista de la naturaleza. Es crítica respecto a las dinámicas del trabajo que plantea el capitalismo global (deslocalizado, colonial, extractivista, flexible, precario, injusto), ya que agudiza y profundiza las diferencias y brechas entre aquellos que son propietarios del capital y quienes deben vender su fuerza de trabajo para poder sobrevivir. Es necesario avanzar en estrategias económicas que resitúen tanto al trabajo productivo como al reproductivo, en una medida más cercana a las realidades de las comunidades.

Ante la lógica depredadora del capitalismo global y su permanente objetivo de obtener mayores ganancias en cada uno de los movimientos económicos, estas otras formas se basan en los principios de la *solidaridad/reciprocidad*. Entender al *otro* (en la compleja interdependencia entre seres humanos, no humanos y naturaleza) como un sujeto de derechos, que posee determinadas características, capacidades, condiciones y limitaciones que deben ser solidariamente puestas en diálogo y al servicio de la reproducción de la vida, contraviene los principios del capitalismo global en su sentido más político y económico. La solidaridad/reciprocidad es una estrategia que permite dar una solución ecológica a los problemas de la humanidad y la naturaleza, y no una medida subsidiaria de enfrentar dichos desafíos. Por esto último, la solidaridad/reciprocidad es parte de una estrategia política que permite enfrentar problemas económicos concretos. Y, no tanto, un principio metafísico que circunde las definiciones, pero no consiga articular y promover ciertas soluciones a desafíos comunes y territoriales. La solidaridad/reciprocidad, no es un fin en sí misma, sino que es parte de los dispositivos disponibles para la acción económica territorial.

Todos y cada uno de los dispositivos y estrategias referidas anteriormente permiten imaginar nuevas relaciones y estrategias económicas que reproduzcan, en cada una de sus acciones, un horizonte común, que tiene que ver con *la defensa de la vida*. Lo que quiere decir que la centralidad de la economía no será la búsqueda del progreso y el desarrollo, sino que el desafío y horizonte político de estos caminos económicos diferentes al capitalismo global, será recuperar el legado de nuestros pueblos indígenas y comenzar a proyectar una economía para el buen vivir. Esto supone un giro epistémico y político, donde el proyecto de la modernidad eurocentrada pierde su posición hegemónica, ubicando a los territorios en dicha posición política de centralidad, al recuperar su condición de soberanía sobre sus decisiones económicas.

## **LA POLITICIDAD LIBERADORA DEL DERECHO A LA COMUNICACIÓN**

Sin duda, este decálogo de estrategias y tácticas tiene el propósito de abrirse al diálogo de saberes, memorias y protagonismos históricos con que las comunidades y los territorios proyectan su devenir desde un horizonte dinámico, en mutación constante y abierto a la diversidad de mundos posibles en construcción.

Para visibilizar y fortalecer la potencia de estas experiencias de *economías otras*, es necesario reivindicar a la comunicación como un bien común. Reconocimiento, en tanto derecho fundamental de la sociedad, que requiere de nuevas matrices de pensamiento. En primer lugar, considerando la centralidad y transversalidad de las prácticas de mediación que animan y contextualizan las experiencias de estas economías y prácticas locales, las que debieran contribuir a democratizar las comunicaciones y la opinión pública, generando nuevos espacios y liderazgos en la producción de comunidades de sentido, saberes y memorias territoriales, descentradas del poder de agenciamiento que imponen las matrices coloniales de la comunicación-mundo. Matrices dominantes en la construcción y reproducción de una realidad informativa instituida, parcial y jerárquica; que se afirma negando las diferencias y las otredades, desactivando así el diálogo intersubjetivo entre comunidades y territorios, como estrategia de exclusión e invisibilización de la realidad social, desconectándola de la realidad histórica.

En búsqueda de ese sentido otro, la *ecología política de la comunicación* (Gascón, 2003) se propone, desde la crítica transmoderna de Enrique Dussel (2013, 2004), el imperativo ético de la liberación, las epistemologías del Sur (Santos, 2019) y las filosofías del buen vivir (Acosta, 2010), reconocer otros emplazamientos de tiempos y espacios posibles para dar cuenta de la diversidad de voces, actorías, subjetividades y narrativas sociales, como punto de partida en la construcción de una comunicación de liberación para el buen convivir de las comunidades y los territorios que, además de cuestionar la macroestructura geopolítica del sistema-mundo y el orden hegemónico de su discurso, tenga la capacidad de poner en tensión los intereses y campos de fuerza que protagoniza la *tecnología corporativa Estado-Capital* (Villasante, 1998). Los que tienden a reducir y marginalizar la potencialidad

emancipatoria de estas experiencias locales en su defensa del ecosistema social y los soportes que le dan vida.

Esto implica entender las formas en que se han reconfigurado los mapas de hegemonía/sumisión/resistencia/emancipación entre centros y periferias, con el propósito de reconstruir las capacidades de *mediación* en los procesos histórico-socio-culturales con que las comunidades locales elaboran sentido y, a la vez, son co-construidas en/por el territorio, a través de la producción de bienes materiales y simbólicos que son transmitidos mediante dinámicas de intercambio, apropiación, uso, consumo y resignificación intergeneracional.

Hoy, más que nunca, frente a las crisis derivadas de las pandemias e *infodemias*, que son causa y efecto de la violenta velocidad con que la tecnopolítica y la tecnociencia han expandido su lógica de control *necropolítico* (Mbembe, 2010; Estévez, 2018) en el sistema-mundo, se hace necesario ampliar las brechas de deconstrucción de un modelo que atenta contra la propia supervivencia de los ecosistemas que sustentan la diversidad de formas de vida humana y no humana en el planeta. Recuperando así el irrenunciable derecho que tienen todos los seres vivos al acceso igualitario y uso apropiado de los bienes comunes. Entre ellos la comunicación, en tanto derecho articulador de otros derechos sociales: identidad, educación, cultura, expresión, salud, medioambiente, memoria, patrimonio, buen vivir, etcétera.

En esa perspectiva, se trata de enfrentar las tensiones producto de la homogeneización sociocultural que imponen las dinámicas tecnopolíticas del capitalismo extractivista global, cuya consecuencia mediata provoca una reducción, exclusión y olvido del espesor nemotécnico de la ecología de los saberes locales, de su sentido comunitario, de las formas de pertenencia y pertinencia con que construyen interacciones solidarias/recíprocas, basadas en la hospitalidad y el cuidado del otro/la otra, desde el centro mismo de la convivencia en la vida cotidiana. Para relevar la *politicidad* de esas experiencias de economías otras y cooperación solidaria local, se requiere reconstruir, desde la polifonía de voces de sus propios/as protagonistas, los relatos intersubjetivos sobre las genealogías biográficas de las comunidades territoriales, desplazadas de una historia estructurada como matriz

de disciplinamiento del cuerpo social y, por extensión, de reducción de lo humano y de la naturaleza como meros recursos. Politicidad que se construye revalorizando las redes socioterritoriales mediante las cuales se han legitimado y determinado históricamente las formas de sincronización espaciotemporal entre los proyectos de vida personales y la transmisión intergeneracional de la memoria colectiva, reconociendo las tensiones y conflictos que, desde una larga duración histórica, han determinado una desigual estructura de producción, diseminación y apropiación de dichas memorias y saberes (Gascón, 2005; 2003). Acción movilizadora y articuladora que debe emanar desde el reconocimiento de la propia sostenibilidad con que las comunidades valoran, mantienen y recuperan los bienes comunes como parte del patrimonio colectivo, mediante la construcción de nuevas estrategias de articulación de redes de comunicación translocales, que otorguen espesor político y sociocultural a la comunalización de los bienes comunes, para el buen convivir.

Cabe, en este punto, convocar a la subversión del propio lenguaje hegemónico para deconstruir el sesgo político con que se ha cargado de significado violentista al vocablo *insurgente*, resignificándolo semióticamente para reponer su sentido movilizador frente a la indignación, en tanto canaliza la potencia liberadora del devenir de todos estos proyectos emancipatorios a los que nos referimos, inspirados muchos de ellos en las luchas de nuestros pueblos originarios y de los movimientos sociales emergentes. La ocultación de esta semiosis ideológica, que tiende a normalizar las prácticas de reproducción del metadiscurso colonial, promotor de desigualdades, segregación y marginación, gatilla la búsqueda de otros lugares de enunciación y territorios disímiles (heteronomías y heterotopías), para reconocer los procesos mediante los que se construye el saber-poder de estos proyectos emancipatorios. De esta forma, entenderemos como *in-sur-gente*, todo aquel proyecto de resistencia contra el modelo de capitalismo extractivista que se nutre desde el interior de su propia base rizomática, para reconocerse como saber-poder autónomo construido desde el Sur por agentes (trans)locales organizados.

Finalmente, y dicho en otros términos, la ecología política de la comunicación se constituye como una dimensión epistémica articuladora sobre las redes de intercambios, tránsitos y mediaciones que las experiencias locales en resistencia construyen en “el escenario de los conflictos que se producen en los distintos modelos de relación que los humanos adoptan con los ecosistemas” (Giraldo Castro, 2016, pág. 176). Conflictos que deben entenderse en el contexto de nuevas formas de transmisión transgeneracional de la memoria, los saberes, el patrimonio y los bienes comunes, a partir de un pensamiento situado en la geopolítica local, como motor de reconocimiento de la complejidad de las diversidades económicas, culturales y territoriales en la producción y representación de los ecosistemas de interacción sociocomunicativa.

### **CONCLUSIONES Y OTRAS APERTURAS**

Problematizar y reflexionar sobre los diferentes caminos económicos que nos plantean los distintos escenarios territoriales es una acción necesaria, a la luz de las particularidades de todo contexto socio-cultural e histórico. Lo hacemos desde un país que, durante cuatro décadas, ha promovido un modelo económico que antepone el criterio de la ganancia y la competencia por sobre el bienestar de las personas y los territorios. Las principales consecuencias de estas décadas de neoliberalismo se han expresado en la maduración de una multiplicidad de desigualdades, pérdida del control y gestión de nuestras riquezas naturales, profundización de la marginalidad y la pobreza, y privatización de prácticamente todos los ámbitos de la vida de las personas. Estos efectos, sumados a la acción y reflexión política de los territorios, fueron construyendo un escenario político y social que terminó por expresarse en el grito callejero desgarrador de octubre de 2019. A partir de aquí, las nuevas formas de comprender lo económico toman fuerza, se reconocen, inventan nuevas rutas, construyen estrategias y formas particulares de relación económica; procesos que aún están vivos en la búsqueda de nuevos horizontes transformadores.

Estos caminos y nuevos recorridos recuperan el vínculo con lo territorial, desde un escenario que vuelve a poner en valor el

trabajo colectivo, la corresponsabilidad, solidaridad/reciprocidad en la construcción de nuevos ambientes, principios y estrategias en lo económico. Estos caminos se reconocen desde la articulación de economías profundamente locales, diversas y singulares a sus contextos, de diferentes capacidades y potencialidades, que han sido invisibilizadas o están dormidas en los cuerpos de los actores y las actoras territoriales, pero que logran ir problematizando o profundizando en los procesos de autonomía y autogestión de sus formas de organización y de sus prácticas democráticas, y al interior de ellas. Son, a su vez, críticas respecto de los principios del neoliberalismo y antagónicas al capitalismo global, ya que anteponen la colaboración a la competencia, en tanto marco general de acción económica.

Estas experiencias de economías otras no son nuevas, sino que son parte de un proceso de acumulación social-cultural, político y económico, que están ganando cada vez más pulso y articulación entre sí; experiencias enmarcadas bajo la idea de lo antiguo y lo nuevo contemporáneo, dado el contexto histórico que actualmente atravesamos como región. Pero que han sido estratégicamente invisibilizadas, excluidas y enmudecidas por las narrativas dominantes. Cabe tener presentes, como saldo histórico, las consecuencias del modelo civilizatorio de la modernidad, que si en sus orígenes impuso una racionalidad de redención mesiánica a través de la muerte fratricida y el exterminio genocida, la continuidad y expansión hegemónica del capitalismo extractivista global resulta la consecuencia indeseable de ese proyecto de larga duración histórica.

Desde ese horizonte abisal se ha tratado de normalizar la necropolítica, las políticas de muerte y la estigmatización de la otredad: cambio climático, pandemias, apropiación privada de los bienes comunes, explotación de energías no renovables, zonas de sacrificio, pesca de arrastre, acumulación de relaves mineros y rellenos sanitarios, contaminación de napas subterráneas y una larga cadena de efectos antropocéntricos sobre los ecosistemas, que están afectando a todas las formas de vida humana y no humana en sus relaciones de interdependencia entre economía, consumo y subsistencia, en el metabolismo social de centros y periferias.

Las experiencias de estas nuevas o renovadas economías latinoamericanas deben tener un propósito más urgente que la mera resistencia o alternativa paralela a ese modelo civilizatorio de exterminio, porque es urgente dar sentido bioético, político y estético a otros mundos, más que posibles, impostergables. Sentir, pensar, garantizar, localizar, comunalizar y articular son, entre otros, enclaves discursivos para poner en acción renovados procesos de soberanía solidaria en/con/desde los territorios y las comunidades, encarnando ese espíritu *in-sur-gente* al que hemos aludido aquí, en contra de la desposesión y la devastación de los bienes comunes. Entre ellos, los más fundamentales derechos que debemos garantizar a la naturaleza y a la diversidad de todas las formas de vida, incluidas las de la humanidad.

Porque, sin ese reconocimiento intransable de defensa y reproducción de la vida en su compleja multidiversidad, la atención a los bienes comunes y las memorias territoriales en torno a esos cuidados no existe devenir colectivo posible. El aquí y ahora geopolítico de la territorialización translocal de las economías otras nos convoca como especie a una ecología política de la comunicación de alcance civilizatorio y emancipador, en torno al buen convivir como patrimonio y herencia de los pueblos de Abya Yala, cuyas propias genealogías y narrativas experienciales contribuyan, decididamente, a resignificar nuestra historia en devenir, como construcción de un horizonte colectivo que ponga en el centro de sus saberes y de sus prácticas a las relaciones de sostenibilidad e interdependencia entre todos los seres vivos y la naturaleza.

### **AGRADECIMIENTOS**

El presente trabajo es uno de los productos de los proyectos de investigación financiados por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID Chile), Fondecyt Regular N° 1190020 y Fondecyt de Iniciación N° 11170232.

### **BIBLIOGRAFÍA**

Acosta, A. (2010). *El Buen Vivir en el camino del post-desarrollo. Una lectura desde la Constitución de Montecristi*. <http://library.fes>.

- de/pdffiles/bueros/quito/07671.pdf
- Beltrán, L. R. (2014). *Comunicología de la liberación, desarrollismo y políticas públicas*. Luces de Gálibo.
- Bengoa, J. (1990). *Haciendas y campesinos. Historia social de la agricultura chilena, Tomo II*. Ediciones Sur.
- Bolados, P. (2016). Conflictos socio-ambientales/territoriales y el surgimiento de identidades post neoliberales (Valparaíso-Chile). *Izquierdas*, 31, págs.102-129.
- Bolados, P.; Henríquez, F.; Ceruti, C. y Sánchez, A. (2016/2018, enero-junio). La eco-geo-política del agua: una propuesta desde los territorios en las luchas por la recuperación del agua en la provincia de Petorca (Zona central de Chile). *Rev. Rupturas Costa Rica*, 8(1).
- Calle, A. (2011). *Democracia radical. Entre vínculos y utopías*. Icaria.
- Carroza, N., Saravia, P., Cid, B., Vega-Valdés, D. y Astroza, G. (2019, septiembre-diciembre). Diversidades económicas en la región de Valparaíso-Chile: Hacia la comprensión de “otras” formas posibles de desarrollo territorial. *Revista Brasileira de Gestão e Desenvolvimento Regional*, 5(15), 109-127.
- Cea D’Ancona, M. A. y Valles Martínez, M. (2010). *Xenofobias y xenofilias en clave biográfica*. Siglo XXI.
- Coraggio, J. L. (2011). *Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital*. Abya Yala.
- Cuevas, P. (2012). *Campesinado ‘histórico’ y neoliberalismo en Chile: La articulación entre las unidades domésticas rurales y el nuevo patrón de reproducción del capital en el sector silvoagropecuario (frutícola y forestal)*. Tesis de maestría, FLACSO. [http://www.flacso.edu.mx/biblioiberoamericana/TEXT/MCS\\_XVIII\\_promocion\\_2010-2012/Cuevas\\_PA.pdf](http://www.flacso.edu.mx/biblioiberoamericana/TEXT/MCS_XVIII_promocion_2010-2012/Cuevas_PA.pdf)
- Dussel, E. (2004). Sistema-mundo y Transmodernidad. En I. Banerje, S. Dube y W. Mignolo (Eds.), *Modernidades coloniales*. El Colegio de México.
- Dussel, E. (2013). *Para una política de la liberación*. Las Cuarenta; Gorla.
- Estévez, A. (2018). Biopolítica y necropolítica: ¿constitutivos u opues-

- tos? *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, 73(25), 9-43. [<https://doi.org/10.32870/espiral.v25i73.7017>].
- Gaiger, L. (2009). Emprendimiento econômico solidário. En A. Carani (Comp.), *Dicionário Internacional da outra economia*. Almedina.
- Gascón, F. (2003). *Transformaciones Sociales, Redes y Políticas de Comunicación en Chile (1967-2001). Elementos para una ecología política de las comunicaciones*. Tesis Doctoral, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona. <https://www.tdx.cat/handle/10803/4174>
- Gascón, F. (2005). De ima(r)ginarios y memorias olvidadas. Reflexiones sobre redes de comunicación e interculturalidad. *Redes.com*, 2(1), 69-81. <https://dialnet.unirioja.es/revista/15691/A/2005>
- Gibson-Graham, J. K. (2006). *A postcapitalist politics*. University of Minnesota Press.
- Giraldo Castro, C. A. (2016). Ecología política y comunicación: hacia una geo-comunicación crítica, págs. 171-188. En F. Sierra Caballero y C. Maldonado (Coords.), *Comunicación, decolonialidad y buen vivir*. CIESPAL.
- Glissant, E. (2002). *Introducción a una poética de lo diverso*. Planeta; Ediciones del Bronce.
- Guerra, P. (2010). La economía solidaria en Latinoamérica. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 110, págs. 67-76.
- Instituto Nacional de Estadística, Chile. (2019-2020). *Ocupación y desempleo*. <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/mercado-laboral/ocupacion-y-desocupacion>
- Laville, J. L. y García Jané, J. (2009). *Crisis Capitalista y Economía Solidaria: una economía que emerge como alternativa real*. Icaria.
- Mbembe, A. (2010). *Necropolítica*. Merlusina.
- Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Chile. (2020). Catastro nacional de campamentos. <https://www.minvu.cl/catastro-de-campamentos/> (1997). *Los caminos de la economía de solidaridad*. Lumen.
- Santos, B. (Coord.). (2011). *Producir para vivir. Los caminos de la*

- producción no capitalista*. Fondo de Cultura Económica.
- Santos, B. (2019). *El fin del imperio cognitivo*. Trotta.
- Saravia, P.; Carroza, N. y Cid, B. (2018). Heterogeneidades económicas en territorios de la Región de Valparaíso, Chile: aproximaciones y emergencias de otras formas económicas. *Población y Sociedad. Revista de estudios sociales*, 1(25), 103-131. <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/article/view/2837>
- Singer, P. (2002). *Introdução à Economia Solidária*. Fundação P. Aramo.
- Villasante, T. R. (1998). *Del desarrollo local a las redes para mejor-vivir*, Tomo 1. Lumen.
- Villasante, T. R. (2002). *Sujetos en movimiento. Redes y procesos creativos en la complejidad social*. Nordam; Comunidad.